

Laura Llevadot

Elena LAURENZI, *Sotto il segno dell'aurora. Studi su María Zambrano e Friedrich Nietzsche*, Pisa, Edizioni ETS, 2012.

«Nietzsche ha escrito un libro, *Aurora*, vale la pena vivir sólo para leer el prólogo.» Con estas extremas palabras de Zambrano, que Elena Laurenzi sitúa en la apertura de su reciente ensayo, se dibuja el lugar exacto desde donde habría que poder interrogar la relación no solo de Zambrano con Nietzsche, sino la de cualquier vida individual con la lectura. Que valga la pena haber vivido *sólo para leer* un determinado texto, que un escrito pueda justificar la existencia entera de alguien que devino en su ejercicio algo más que un lector, es algo de lo que Zambrano, Nietzsche y algunos otros pocos autores han dado sobrada cuenta. Es justo esta experiencia la que testimonian aquellos escritores-lectores para los que la vida y la verdad andan de la mano y a tientas, sin acabar nunca de pertenecerse pero buscándose siempre mutuamente en el ejercicio del leer, el pensar y el escribir, si es que acaso pueden tratarse como prácticas diferentes.

Es desde este espacio, desde esta comunidad sin semejanza, desde esta «afinidad de sentir», que Laurenzi ha podido trenzar el hilo que atraviesa la obra de Zambrano en su lectura apasionada de Nietzsche. Si se hubiese limitado a analizar las tesis, si se hubiera tratado de un mero análisis académico de lo que Zambrano dijo o dejó de decir acerca de la filosofía de Nietzsche, nada se hubiese ganado ni para el pensar ni para la vida, y nada desde luego para lo que María Zambrano entendió como tarea urgente de la filosofía. Sucede que acometer la tarea de una comparación fructífera entre Zambrano y Nietzsche debe sortear como primer escollo los textos mismos que Zambrano dedicó a este pensador. «Nietzsche o la soledad enamorada» (1939), «La destrucción de la filosofía en Nietzsche» (1945), así como algunos pasajes de *El hombre y lo divino* (1953), parecen no hacer justicia al pensador que ha herido de muerte la cultura occidental en su totalidad para liberarla de todos los residuos metafísicos y morales que la mantenían presa. Si bien es cierto que la lectura de Zambrano, como apunta Laurenzi, se sustrae a las interpretaciones dominantes de la época que seguían vinculando a Nietzsche con el fascismo —y de aquí la afinidad analizada en el libro entre su lectura y la de contemporáneos suyos como Bataille, Jaspers o Lou Andreas-Salomé—, lo cierto es que leídos hoy estos textos, especialmente tras haber atendido mínimamente a las lecturas que de Nietzsche ha llevado a cabo la filosofía francesa contemporánea, de Bataille a Deleuze, pasando por Blanchot, Klossowski y Derrida, estos textos parecen recalcar en grandes tesis (el superhombre, el eterno retorno,...) que al ser leídas en su faceta más aparente no tocan la médula de la inversión nietzscheana.

Sin embargo, el gran mérito de este trabajo es haber sabido hurtarse a esta tarea analítica de las tesis y contratesis que no aporta nada al pensamiento, y haber sido capaz de mostrar, sin que se eche de menos ni un ápice de rigor en la investigación y en el tratamiento de los textos, el lugar común desde el que Zambrano y Nietzsche nos hablan, justo ese que entiende la filosofía, por ejemplo, como una suerte de autobiografía confesional, no en el sentido de una literatura autobiográfica, sino como la «tentativa de un renacimiento de la vida a través de la palabra». Es curioso que alguien tan contemporáneo nuestro como Sloterdijk siga interrogando esta senda nietzscheana en su concepción del «círculo psiconáutico» (*El pensador en*

*escena. El materialismo de Nietzsche*, 1986) que viene a nombrar algo muy semejante a lo que Zambrano llamaba confesión. Y es que quizá habría que poder introducir las reflexiones de Zambrano, su concepción del pensar y el escribir, en el panorama actual del pensamiento contemporáneo, que parece volver a plantear bajo la estela de Nietzsche una cierta concepción de la filosofía como escritura y forma de vida. Y aunque no haya referencia explícita a este autor, también a ello contribuye el ensayo de Laurenzi en la medida en que sitúa todo su análisis en torno al zambraniano proyecto de un pensamiento auroral marcado por la enfermedad y la soledad. En este sentido son sin duda remarcables los dos últimos capítulos del libro, «El funámbulo y el payaso», que retoma en parte un trabajo anterior de 2008, y «La locura, la gracia», los cuales toman como punto de partida dos textos menores de Zambrano, apenas conocidos, y que sin embargo serán decisivos para la comprensión del trasfondo nietzscheano de su proyecto filosófico: «El payaso y la filosofía» (1957) y «Una pequeña historia de Nietzsche en Italia» (1994), en el que Zambrano interpreta la escena final de la locura de Nietzsche, aquella en la que le vemos llorando en las calles de Turín, abrazado al cuello de un caballo moribundo maltratado por su cochero. Son quizá estos dos últimos capítulos los que mejor condensan el valor de este ensayo, cuyo mayor mérito es haber sabido conjugar el rigor académico con una tarea poco escolar, la de plantear una comunidad de intención, de tono, de sentir, allí donde el análisis solo vería discrepancias, y a través de ello la de fecundar un campo desde el que sigue siendo posible, y necesario, pensar. Corresponde a Laurenzi haber situado este campo común, que Zambrano y Nietzsche nos legaron, *bajo el signo de la aurora*.